LAS QUE VAN AL FRENTE

Por Loca... como tu madre



¡Hola! te comunicaste con la casa de una mujer que sólo quiere escuchar buenas noticias. Dejame tu mensaje después de la última señal. Bip. Bip. Biiip...

¡Hola, loca! levantá el tubo, soy yo.

¡Ufa! ¡No estás!

Estoy desesperada. Me peleé con mis viejos. Necesito irme urgente de mi casa y me prestaron un departamento en Villa Gesell. Quiero que vengas conmigo. El micro sale a la diez desde Retiro. Te espero en el andén 25. ¡¡¡Ah!!! y además me tiraron las cartas y salió que en este viaje, voy a conocer a mi próximo amor. ¡No me dejes sola! Si no nos vamos me suicid... Biiip.

Dos horas más tarde, el contestador te trae más dudas que buenas noticias. Tu estilo no es el de tomar decisiones rápidas pero en el fondo, sabés que te haría bien despegar de la abulia de este enero en Buenos Aires.

La inseguridad te está comiendo las neuronas.

¿Irte un fin de semana con una amiga para acompañarla a conocer el hombre de su vida?... ¿Y vos?

¿Con lo que te cuesta levantarte a alguien, vas a estar justo con ella que es tan avasalladora?

Te probás la malla (que es de hace un par de años) y te ves HO-RRI-BLE. Te sentís gorda, blanca...

Hacés cuentas y si te vas no pagás las expensas.

Faltan tres horas para las diez de la noche...

¿A quién le vas a dejar el gato? ¡¡BASTA!!

El aislamiento fabrica monstruos y de eso ya estás aburrida.

Tirá al gato por la ventana y decidite.

La seducción empieza por uno mismo; para gustar a los demás, tenés que empezar por gustarte a vos; es un juego extraño que embellece y que no depende de tu físico o de tu cara sino de saber ocultar los trucos y exhibir sólo "la magia".

Tener una amiga que va al frente, es lo mejor que te puede pasar. Imaginate dos como vos, jugando a la escoba de quince después de ver una película de Sandrini el domingo a la tarde... ¡¡¡SOCORRO!!!

En este viaje podés disfrutar como nunca; ofrecé tus atributos espirituales y físicos. CEREBRO Y TAJO (o viceversa).

Olvidate de todo, menos del preservativo, porque dos días en la vida nunca vienen nada mal y no todas terminan como Thelma & Louise.

LOS A
NE

Bruce Jay Friedman está lejos de
Friedman —más preocupado por
varias novelas formidables —
guiones para películas que desafi
que postula una nueva escuela

Por Bruce Jay Friedman

Agobiado por las deudas, abandonado por su esposa y su hijo, Stefano se amparaba en su vieja casa de campo que, para él, era como una boya de salvación en un mar de desesperanza. Tenía que conservar la casa, tenía que regresar todos los días a ella. Sí, esto era lo que debía hacer, hasta que llegara el momento en que su esposa recobrara la sensatez y volviera a su lado. Sin embargo, Stefano temía la próxima llegada de la primavera, ya que esta estación significaba tener que contratar a un equipo de jardineros que le cobraría una cantidad desorbitada para dejar el jardín en estado decente. Los jardineros que le cobraron un precio más bajo fueron los hermanos Angeluzzi, quienes le pasaron una asesina factura de doscientos cincuenta dólares por limpiar y adecentar el jardín, más otra de noventa dólares al mes por mantenerlo en buen estado, durante los meses comprendidos entre abril y octubre, ambos incluidos, más otra factura de cien dólares por quitar las hojas muertas en otoño. Si bien era cierto que los cuatro hermanos Angeluzzi actuaron con diligencia y meticulosidad en el mes de abril, también lo es que, más tarde, comenzaron a holgazanear, y que, en los meses siguientes, se limitaron a rapar someramente el césped y a dar un par de barridos a los parterres. En la presente primavera, Stefano, incapaz de trabajar, con su vida hecha cisco, demoró todo lo posible la contratación de los jardineros. El césped creció hasta casi llegarle a la barbilla. Y así marcharon las cosas hasta el momento en que recibió la visita del vecino de la casa contigua, llamado Swansdowne, que había ganado un concurso de jardinería y fue a verlo para tratar de un asunto ajeno a los problemas que plantean los jardines, pero en cuya voz hubo, durante la entrevista, claros ecos de fertilizantes y máquinas de cortar césped. Stefano llamó por teléfono a los hermanos Angeluzzi. Sin embargo, un súbito impulso lo indujo a colgar el aparato, antes de que contestaran. Cogió el periódico, y recorrió con el dedo los anuncios de la sección Servicios Domésticos. Unos jardineros llamados Pruebe Nuestros Servicios atrajeron su atención. Marcó el número, y pidió a la profunda voz que le contestó al otro extremo del hilo que hiciera el favor de visitarla a fin de darle precios. En la noche del día siguiente, los jardineros en cuestión lo llamaron por teléfono. La voz lenta, resonante y recia, le dijo:

—Ya he visto su jardín.

—¿Cuánto cobrará por limpiarlo? —le preguntó Stefano—. Hay que empezar con una buena limpieza, ¿sabe?

Hubo una larga pausa. Después un chasquido producido con los labios. Y, por fin, la voz dijo:

—*Trenta* dólares.

—Oiga, ¿dónde está el jardín que ha inspeccionado usted? Yo vivo en el cuarenta y dos de Spring. Es una casa grande y vieja que hace esquina con la calle Rooter.

—Sí, sí, exactamente. Los fertilizantes serán ocho dólares más. O sea que el total subirá a *trentocho*.

Confuso, agitado por contradictorios sentimientos de culpabilidad y alivio, Stefano dijo:

—Bueno, hay mucho trabajo que hacer aquí... De acuerdo, ¿cuándo pueden ustedes venir?

—Mañana por la mañana. A las ocho.

—Adelante, pues.

El día siguiente, domingo, Stefano los vio llegar. Eran cuatro fornidos negros que comparecieron en dos camionetas y dos turismos. Trabajaron bajo el sol ardiente, vestidos con camisas a cuadros y gruesos pantalones, y tocados con gorrillas que llevaban colocadas en casi imposible equilibrio sobre el cogote. Stefano, que era redactor de manuales sobre temas de carácter técnico, volvió a su trabajo, y de vez en cuando contempló, a través de la ventana, a los negros absortos en su tarea. Stefano se preguntó cómo diablos podía aquella gente cobrar un precio tan irrisorio como el de treinta y ocho dólares. Esta suma, dividida entre cuatro, no representaba ni tan siquiera el mínimo aceptable. Sólo el precio de la gasolina para alimentar la flota de cuatro vehículos absorbía los nueve dólares con cincuenta centavos que tocaban por barba. Stefano pensó que les daría cuarenta y cinco dólares, para aliviar un poco sus remordimientos de conciencia, pero, a pesar de este aumento, la suma no alcanzaba para que aquella gente comprara alimentos y pagara el alquiler de sus casas. A última hora de la tarde, Stefano salió al jardín, y ofreció una cerveza a los jardineros. Se dirigió a Cotten —el más corpulento de los cuatro, el jefe, hombre de rostro inexpresivo, adornado con unas limpísimas gafas de montura de acero—:

—¿Qué? ¿Muchas hojas muertas, verdad?

—Nos llevará dos días y medio.

—Nada, hombre, no se preocupe. Les pagaré cuarenta y cinco dólares.

En realidad, trabajaron tres días. Dos de ellos dedicados a limpiar, y el tercero a cortar el césped y a abonar los parterres. El último día, Stefano lo pasó muy mal. A través de la ventana, vio cómo los gigantescos negros cortaban el césped, cómo se arrodillaban en el suelo, vestidos con sus ropas de invierno, y recogían amorosamente los más ínfimos fragmentos de hierba, para dejar el terreno relimpio. De buena gana hubiera salido al jardín para rogar a los jardineros que no trabajaran tanto, o, por lo menos, que no cobraran precios tan irrisorios. Sin embargo, la baratura del precio le gustaba mucho a Stefano. Podía pagar la cuenta con el dinero destinado a gastos menudos, sin necesidad de quitarlo de sus emolumentos de redactor. Al término de la jornada, Stefano salió al jardín, se dirigió hacia Cotten, se sacó la cartera del bolsillo y le dijo:

—Les pagaré en metálico, y así no tendrán que molestarse en cobrar el cheque.

Stefano había pensado que quizá los cuatro negros no se dedicaban a la faena de conservación de jardines, y que aceptaban únicamente tareas de limpieza, de manera que si limpiaban muchos jardines, miles de jardines, a lo mejor conseguían los beneficios suficientes para poder mantenerse vivos.

—¿Hacen también faenas de conservación? —preguntó al jefe de los jardineros.

El hombre se rascó una oreja, sacudió negativamente la cabeza, y, por fin, dijo:

—En este jardín no podemos hacerlo por menos de dieciocho dólares al mes.

Un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo de Stefano:

—Realmente, trabajan ustedes muy bien, pero que muy bien. Son los mejores jardineros que he visto en mi vida. Creo que podrían cobrar un poco más. Bueno, por el trabajo de conservación estoy dispuesto a pagarles veintidós dólares al mes.

A partir de aquel día, los negros acudieron dos veces por semana a la casa de Stefano, convirtiendo su jardín en un primor. Arrancaron los arbolitos muertos y los sustituyeron por otros, curaron las enfermedades de las diversas plantas y mantuvieron la tierra oscura y grasa. Swansdowne, que por lo general dejaba que Stefano probara nuevos jardineros, a fin de contratarlos él, caso de que fueran buenos, contemplaba con envidia el jardín de su vecino. Sin embargo, un buen día lo visitó y le dijo:

—Yo jamás permitiría que un hombre de color tocara mi jardín.

—Pues estos muchachos negros cuidan el mío de maravilla —contestó Stefano.

Después, pensó: "Quizás esto lo explique todo". Sí, los tipos como Swansdowne no querían jardineros negros. Y ésta era la razón por la que aquellos negros cobraban precios tan bajos. Claro, si no lo hicieran así morirían de hambre. Stefano se sintió contento y satisfecho al pensar que era hombre de mentalidad amplia y abierta, y, por otra parte, ¿por qué rechazar la oportunidad de ahorrar algún dinerillo?

Al término del mes de mayo, Stefano entregó a los cuatro negros veintidós dólares, y les obsequió con sendos bocadillos de queso. Los tres ayudantes de Cotten se fueron con los bocadillos al camión, donde guardaban un bote de salsa mayonesa. Stefano preguntó a Cotten, que en aquellos instantes descansaba apoyado en una pala:

—¿Hacen ustedes otros trabajos? ¿Cómo pintar? ¿Pintar paredes?

El jardinero fijó la vista en la casita de estilo colonial, y contestó:

—Pues sí. También.

—¿Cuánto cobrarían por pintar esta casa?

El precio más bajo ofrecido por pintar el amplio edificio con diez dormitorios había sido de setecientos dólares. El gigantesco negro, con inexpresiva mirada tras los cristales de las gafas de montura de acero, repuso:

—Cincuenta y ocho dólares.

—Estoy dispuesto a pagar la mitad de la pintura.

El día siguiente, cuando Stefano despertó, los cuatro negros, subidos a altas escaleras de madera, habían pintado ya media casa. A la luz del sol, la pintura de color castaño brillaba, ofreciendo a la vista ricas y profundas tonalidades. Las ropas de jardinero de los cuatro negros estaban sucias de pintura. Stefano pensó que les pediría que incluyeran en la cuenta el precio de la lavandería. Sí, era lo equitativo. Dirigiéndose a Cotten, cuyo pesado cuerpo encaramado parecía balancearse al viento, Stefano dijo:

—¡Formidable trabajo!

—Empezará a quedar bien cuando demos la cuarta capa de pintura.

A mediados de junio, los cuatro negros habían limpiado las buhardillas de la casa por el precio de tres dólares, habían eliminado las humedades y filtraciones de agua en el sótano por el precio de dieciséis dólares, y por doce dólares con cincuenta habían instalado un complejo sistema de tuberías de desagüe. Un buen día, Stefano llegó a casa y encontró los suelos limpios, encerados y protegidos con serrín, los armarios metálicos relucientes, y los armarios roperos deslumbrantemente limpios. Por vez primera se irritó, ya que él no había pedido a los cuatro negros que realizaran aquella tarea, pero, cuando vio la factura, se le pasó el enfado. En la hojita de papel puesta en la cesta del pan, leyó: "Nos debe 2,80". Entusiasmado con aquellos precios, Stefano les dio propinas y más propinas, les obsequió con grandes cantidades de bocadillos, les regaló chaquetas usadas, les dio las persianas enrolladas que habían descubierto en la buhardilla, y les hizo donación de unos ejemplares de una obra, relativamente reciente, sobre el turismo en Nueva Escocia. Jamás, ni siquiera en los mejores tiempos de su matrimonio, había estado la casa tan inmaculada. Los automovilistas reducían la velocidad de sus vehículos para admirar aquella casa tan espectacularmente pintada. Los arbustos del jardín rebosaban fertilidad. Y las estancias, todas, mareaban de puro limpias. Al pensar en aquellos precios tan ridículamente baratos que pagaba por la conservación de su hogar, Stefano creyó que la racha de mala suerte se había terminado al fin. Sin embargo, no por ello dejaba de sentirse envuelto en un manto de soledad, y la angustia le atenazaba la garganta. Echaba en falta a su esposa, aunque, a veces, la echaba en falta odiándola. Sí, le hubiera gustado tener a su lado a aquella mujer joven y bonita que ahora viajaba alrededor del mundo, en compañía de un ayudante de dirección de TV dedicado a dirigir programas diurnos. Stefano imaginaba a su esposa loca de lujuria, en habitaciones de hoteles y paradores, en el asiento trasero de automóviles deportivos de fabricación extranjera. También echaba de menos a su hijo, muchacho de diez años que necesitaba protección. Sólo Dios sabía



LOS ANGELES NEGROS

Bruce Jay Friedman está lejos de ser el típico escritor judío modelo Malamud o estilo Roth. Bruce Jay Friedman —más preocupado por el final inesperado que por la observación psicológica— es el autor de varias novelas formidables —entre las que se cuentan "Stern" y "Besos de madre"—, de varios guiones para películas que desafían toda lógica —"¡Splash!", por ejemplo—, y de este cuento perfecto que postula una nueva escuela psicoanalítica donde Freud se da la mano con Mecánica Popular.

Por Bruce Jay Friedman

Agobiado por las deudas, abandonado por su esposa y su hijo, Stefano se amparaba en su vieja casa de campo que, para él, era como una boya de salvación en un mar de desesperanza. Tenía que conservar la casa, tenía que regresar todos los días a ella. Sí, esto era lo que debía hacer, hasta que llegara el momento en que su esposa recobrara la sensatez y volviera a su lado. Sin embargo, Stefano temía la próxima llegada de la primavera, ya que esta estación significaba tener que contratar a un equipo de jardineros que le cobraría una cantidad desorbitada para dejar el jardín en estado decente. Los jardineros que le cobraron un precio más bajo fueron los hermanos Angeluzzi, quienes le pasaron una asesina factura de doscientos cincuenta dólares por limpiar y adecentar el jardín, más otra de noventa dólares al mes por mantenerlo en buen estado, durante los meses comprendidos entre abril y octubre, ambos incluidos, más otra factura de cien dólares por quitar las hojas muertas en otoño. Si bien era cierto que los cuatro hermanos Angeluzzi actuaron con diligencia y meticulosidad en el mes de abril, también lo es que, más tarde, comenzaron a holgazanear, y que, en los meses siguientes, se limitaron a rapar someramente el césped y a dar un par de barridos a los parterres. En la presente primavera, Stefano, incapaz de trabajar, con su vida hecha cisco, demoró todo lo posible la contratación de los jardineros. El césped creció hasta casi llegarle a la barbilla. Y así marcharon las cosas hasta el momento en que recibió la visita del vecino de la casa contigua, llamado Swansdowne, que había ganado un concurso de jardinería y fue a verlo para tratar de un asunto ajeno a los problemas que plantean los jardines, pero en cuya voz hubo, durante la entrevista, claros ecos de fertilizantes y máquinas de cortar césped. Stefano llamó por teléfono a los hermanos Angeluzzi. Sin embargo, un súbito impulso lo indujo a colgar el aparato, antes de que contestaran. Cogió el periódico, y recorrió con el dedo los anuncios de la sección Servicios Domésticos. Unos jardineros llamados Pruebe Nuestros Servicios atrajeron su atención. Marcó el número, y pidió a la profunda voz que le contestó al otro extremo del hilo que hiciera el favor de visitarla a fin de darle precios. En la noche del día siguiente, los jardineros en cuestión lo llamaron por teléfono. La voz lenta, resonante y recia, le dijo:

—Ya he visto su jardín.

—¿Cuánto cobrará por limpiarlo? —le preguntó Stefano—. Hay que empezar con una buena limpieza, ¿sabe?

Hubo una larga pausa. Después un chasquido producido con los labios. Y, por fin, la voz dijo:

—*Trenta* dólares.

—Oiga, ¿dónde está el jardín que ha inspeccionado usted? Yo vivo en el cuarenta y dos de Spring. Es una casa grande y vieja que hace esquina con la calle Rooter.

—Sí, sí, exactamente. Los fertilizantes serán ocho dólares más. O sea que el total subirá a *trentocho*.

Confuso, agitado por contradictorios sentimientos de culpabilidad y alivio, Stefano dijo:

—Bueno, hay mucho trabajo que hacer aquí... De acuerdo, ¿cuándo pueden ustedes venir?

—Mañana por la mañana. A las ocho.

—Adelante, pues.

El día siguiente, domingo, Stefano los vio llegar. Eran cuatro fornidos negros que comparecieron en dos camionetas y dos turismos. Trabajaron bajo el sol ardiente, vestidos con camisas a cuadros y gruesos pantalones, y tocados con gorrillas que llevaban colocadas en casi imposible equilibrio sobre el cogote. Stefano, que era redactor de manuales sobre temas de carácter técnico, volvió a su trabajo, y de vez en cuando contempló, a través de la ventana, a los negros absortos en su tarea. Stefano se preguntó cómo diablos podía aquella gente cobrar un precio tan irrisorio como el de treinta y ocho dólares. Esta suma, dividida entre cuatro, no representaba ni tan siquiera el mínimo aceptable. Sólo el precio de la gasolina para alimentar la flota de cuatro vehículos absorbía los nueve dólares con cincuenta centavos que tocaban por barba. Stefano pensó que les daría cuarenta y cinco dólares, para aliviar un poco sus remordimientos de conciencia, pero, a pesar de este aumento, la suma no alcanzaba para que aquella gente comprara alimentos y pagara el alquiler de sus casas. A última hora de la tarde, Stefano salió al jardín, y ofreció una cerveza a los jardineros. Se dirigió a Cotten —el más corpulento de los cuatro, el jefe, hombre de rostro inexpresivo, adornado con unas limpísimas gafas de montura de acero—:

—¿Qué? ¿Muchas hojas muertas, verdad?

—Nos llevará dos días y medio.

—Nada, hombre, no se preocupe. Les pagaré cuarenta y cinco dólares.

En realidad, trabajaron tres días. Dos de ellos dedicados a limpiar, y el tercero a cortar el césped y a abonar los parterres. El último día, Stefano lo pasó muy mal. A través de la ventana, vio cómo los gigantescos negros cortaban el césped, cómo se arrodillaban en el suelo, vestidos con sus ropas de invierno, y recogían amorosamente los más ínfimos fragmentos de hierba, para dejar el terreno relimpio. De buena gana hubiera salido al jardín para rogar a los jardineros que no trabajaran tanto, o, por lo menos, que no cobraran precios tan irrisorios. Sin embargo, la baratura del precio le gustaba mucho a Stefano. Podía pagar la cuenta con el dinero destinado a gastos menudos, sin necesidad de quitarlo de sus emolumentos de redactor. Al término de la jornada, Stefano salió al jardín, se dirigió hacia Cotten, se sacó la cartera del bolsillo y le dijo:

—Les pagaré en metálico, y así no tendrán que molestarse en cobrar el cheque.

Stefano había pensado que quizá los cuatro negros no se dedicaban a la faena de conservación de jardines, y que aceptaban únicamente tareas de limpieza, de manera que si limpiaban muchos jardines, miles de jardines, a lo mejor conseguían los beneficios suficientes para poder mantenerse vivos.

—¿Hacen también faenas de conservación? —preguntó al jefe de los jardineros.

El hombre se rascó una oreja, sacudió negativamente la cabeza, y, por fin, dijo:

—En este jardín no podemos hacerlo por menos de dieciocho dólares al mes.

Un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo de Stefano:

—Realmente, trabajan ustedes muy bien, pero que muy bien. Son los mejores jardineros que he visto en mi vida. Creo que podrían cobrar un poco más. Bueno, por el trabajo de conservación estoy dispuesto a pagarles veintidós dólares al mes.

A partir de aquel día, los negros acudieron dos veces por semana a casa de Stefano, convirtiendo su jardín en un primor. Arrancaron los arbolitos muertos y los sustituyeron por otros, curaron las enfermedades de las diversas plantas y mantuvieron la tierra oscura y grasa. Swansdowne, que por lo general dejaba que Stefano probara nuevos jardineros, a fin de contratarlos él, caso de que fueran buenos, contemplaba con envidia el jardín de su vecino. Sin embargo, un buen día lo visitó y le dijo:

—Yo jamás permitiría que un hombre de color tocara mi jardín.

—Pues estos muchachos negros cuidan el mío de maravilla —contestó Stefano.

Después, pensó: "Quizás esto lo explique todo". Sí, los tipos como Swansdowne no querían jardineros negros. Y ésta era la razón por la que aquellos negros cobraban precios tan bajos. Claro, si no lo hicieran así morirían de hambre. Stefano se sintió contento y satisfecho al pensar que era hombre de mentalidad amplia y abierta, y, por otra parte, ¿por qué rechazar la oportunidad de ahorrar algún dinerillo?

Al término del mes de mayo, Stefano entregó a los cuatro negros veintidós dólares, y les obsequió con sendos bocadillos de queso. Los tres ayudantes de Cotten se fueron con los bocadillos al camión, donde guardaban un bote de salsa mayonesa. Stefano preguntó a Cotten, que en aquellos instantes descansaba apoyado en una pala:

—¿Hacen ustedes otros trabajos? ¿Cómo pintar? ¿Pintar paredes?

El jardinero fijó la vista en la casita de estilo colonial, y contestó:

—Pues sí. También.

—¿Cuánto cobrarían por pintar esta casa?

El precio más bajo ofrecido por pintar el amplio edificio con diez dormitorios había sido de setecientos dólares. El gigantesco negro, con inexpresiva mirada tras los cristales de las gafas de montura de acero, repuso:

—Cincuenta y ocho dólares.

—Estoy dispuesto a pagar la mitad de la pintura.

El día siguiente, cuando Stefano despertó, los cuatro negros, subidos a altas escaleras de madera, habían pintado ya media casa. A la luz del sol, la pintura de color castaño brillaba, ofreciendo a la vista ricas y profundas tonalidades. Las ropas de jardinero de los cuatro negros estaban sucias de pintura. Stefano pensó que les pediría que incluyeran en la cuenta el precio de la lavandería. Sí, era lo equitativo. Dirigiéndose a Cotten, cuyo pesado cuerpo encaramado parecía balancearse al viento, Stefano dijo:

—¡Formidable trabajo!

—Empezará a quedar bien cuando demos la cuarta capa de pintura.

A mediados de junio, los cuatro negros habían limpiado las buhardillas de la casa por el precio de tres dólares, habían eliminado las humedades y filtraciones de agua en el sótano por el precio de dieciséis dólares, y por doce dólares con cincuenta habían instalado un complejo sistemas de tuberías de desagüe. Un buen día, Stefano llegó a casa y encontró los suelos limpios, encerados y protegidos con serrín, los armarios metálicos relucientes, y los armarios roperos deslumbrantemente limpios. Por vez primera se irritó, ya que él no había pedido a los cuatro negros que realizaran aquella tarea, pero, cuando vio la factura, se le pasó el enfado. En la hojita de papel puesta en la cesta del pan, leyó: "Nos debe 2,80". Entusiasmado con aquellos precios, Stefano les dio propinas y más propinas, les obsequió con grandes cantidades de bocadillos, les regaló chaquetas usadas, les dio las persianas enrolladas que habían descubierto en la buhardilla, y les hizo donación de unos ejemplares de una obra, relativamente reciente, sobre el turismo en Nueva Escocia. Jamás, ni siquiera en los mejores tiempos de su matrimonio, había estado la casa tan inmaculada. Los automovilistas reducían la velocidad de sus vehículos para admirar aquella casa tan espectacularmente pintada. Los arbustos del jardín rebosaban fertilidad. Y las estancias, todas, mareaban de puro limpias. Al pensar en aquellos precios tan ridículamente baratos que pagaba por la conservación de su hogar, Stefano creyó que la racha de mala suerte se había terminado al fin. Sin embargo, no por ello dejaba de sentirse envuelto en un manto de soledad, y la angustia le atenazaba la garganta. Echaba en falta a su esposa, aunque, a veces, la echaba en falta odiándola. Sí, le hubiera gustado tener a su lado a aquella mujer joven y bonita que ahora viajaba alrededor del mundo, en compañía de un ayudante de dirección de TV dedicado a dirigir programas diurnos. Stefano imaginaba a su esposa loca de lujuria, en habitaciones de hoteles y paradores, en el asiento trasero de automóviles deportivos de fabricación extranjera. También echaba de menos a su hijo, muchacho de diez años que necesitaba protección. Sólo Dios sabía las nefastas experiencias que el niño estaba viviendo. Madre e hijo lo abandonaron súbitamente, dejando tras sí un cúmulo de recuerdos, juguetes ordenadamente dispuestos en estanterías, cajones repletos de ropas femeninas... Repentinamente envejecido, perdida la confianza en sí mismo, Stefano fracasó en su intento de ligar con muchachas, y se quedaba dubitativo y mudo ante el teléfono, cuando llamaba a alguna. ¿Qué podía hacer? Sí, cierto era que, a aquellos precios, podía mantener la casa inmaculadamente limpia. Pero, ¿solucionaba esto todos sus problemas? ¿Acaso conseguiría con ello que su insatisfecha esposa y su hijo regresaran al hogar? Una noche, al volver a casa con el corazón rebosante de tristeza, tras asistir a un baile para mayores, encontró a los cuatro corpulentos negros terminando un nuevo trabajo. Después de haber sudado durante toda la noche, habían montado un complejo sistema de iluminación, con lámparas de petróleo, que hacía resaltar en toda su belleza las rosas de té y los frutales enanos del jardín. Precio total del sistema de luz: cinco dólares con cincuenta centavos.

Stefano paseó la vista por el jardín, mientras, a ciegas, contaba unos billetes:

—Realmente magnífico.

Se dirigió al jardinero jefe:

—Ahí va. Esta vez también le doy más de la cuenta. En mis presentes circunstancias, el dinero me importa un pito.

El gigantesco negro se secó el sudor de la frente, y comenzó a recoger los trebejos.

—Oiga, entre y tómese una cerveza conmigo —propuso Stefano—. Tengo que hablar con alguien, o reviento.

—Es que todavía tenemos trabajo que hacer... —contestó Cotten.

—Vamos, vamos, ¿qué diablos tienen que hacer a estas horas? Más valdrá que descanse un poco, hombre.

El negro sacudió dubitativamente la cabeza, y, acto seguido, emprendió, a pasos lentos y pesados, el camino hacia la casa, mientras Stefano le palmoteaba la espalda, en demostración de sus sentimientos de hermandad.

Una vez dentro, Stefano fue a buscar cervezas. El jardinero se sentó en el diván de la sala de estar, en el que su macizo cuerpo se hundió pesadamente. Por un instante, Stefano se sintió un tanto inquieto ante las consecuencias del contacto de las ropas de jardinería —ropas negras en todos los sentidos— con el mueble de la sala, pero inmediatamente pensó que el problema carecía de importancia y que, además, en aquella casa no había nadie a quien dichas consecuencias pudieran importar.

Stefano se reclinó en el moderno banco con respaldo de estilo danés, y dijo:

—Estoy pasando una temporada muy mala. La peor de mi vida. A veces, tengo la impresión de que no seré capaz de sobrevivir una sola noche más. Mi mujer me abandonó, hace algún tiempo. Supongo que ya lo habrá adivinado usted...

El negro cruzó sus gruesas piernas, bebió un par de sorbos de cerveza, y, mientras lo hacía, en los cristales de sus gafas había un brillo que impedía a Stefano ver la expresión de las pupilas del negro.

—Mi mujer se llevó consigo al chico —siguió—, y esto quizá sea lo peor de la historia. Usted no puede imaginarse lo que es tener a un chaval armando el gran escándalo en casa durante diez años, y luego no oír ni un maldito ruido... —Y, esperando, Stefano preguntó—: A lo mejor sí que puede imaginarlo. Probablemente también usted ha tenido sus problemas...

En silencio, el negro se inclinó al frente y se metió un pañuelo por debajo de la camisa, para secarse el sudor del pecho.

—De todos modos —prosiguió Stefano—, lo cierto es que no sé qué diablos hacer. ¿Esperar, sin mover ni un dedo? ¿Convencerme de que mi mujer no volverá jamás? De veras, no sé qué hacer. Y si decido abandonar la casa, ¿a dónde puedo ir?

El invitado de Stefano estaba ahora ocupado en secarse el cogote.

—¿Cuánto hace que se fue? —preguntó.

—¿Qué importa eso? Unos cuatro meses, me parece. Poco antes de que ustedes comenzaran a trabajar aquí. ¡Ahora comprendo por qué me ha preguntado eso! Si mi mujer no ha regresado en cuatro meses, esto significa que ya no regresará, que quizás ha comenzado una nueva vida. Sí, sí, es posible que lleve usted razón...

El negro se guardó el pañuelo, volvió a cruzar las piernas, y entrelazó sus dedos gruesos y de uñas romas, con las palmas de las manos apoyadas sobre una rodilla.

—Ocurrió sin previo aviso —dijo Stefano—, sin que siquiera pudiera imaginarlo. En fin, de nada sirve preocuparse. De todos modos, las relaciones con mi mujer siempre fueron catastróficas.

Explicó al negro el período de su noviazgo, le habló del falso embarazo de su mujer y del "forzoso" matrimonio con ella. Entonces, comenzó a saber verdaderamente cómo era su mujer. Entonces, comenzaron las constantes disputas, y ella empezó a provocar sus celos de mil distintas maneras, y él tuvo que ayudar con su dinero a la parentela política. Stefano se confesó con el negro, dejó que las palabras salieran de su cuerpo igual que el aire de un neumático, y habló con furia y ardor. Así estuvo hasta que se dio cuenta de que había hablado, sin parar, durante veinte minutos o quizá media hora. El negro lo escuchó pacientemente, sin tocar la cerveza. Por fin, cuando Stefano se calló, reclinándose en el asiento para recobrar el resuello, el jardinero le formuló la pregunta:

—¿Se tiene usted en buen concepto?

—¿Qué quiere decir con eso? ¡Pues claro que sí! ¡Vaya! Ahora comprendo por qué me lo ha preguntado... Si me tuviera a mí mismo en buen concepto, no permitiría que este asunto me atormentara. Claro. Procuraría recuperar el dominio de mí mismo, y me esforzaría en reemprender mi vivir sobre unas bases sólidas. Es curioso que haya usted dado en el clavo con tanta exactitud. Es sorprendente, de veras. Bueno, ¿usted sabe?, también recurrí a los psiquiatras, pero no me sirvieron de nada. Algunos de estos psiquiatras eran buenos de veras, unos eran amables, otros duros; en fin, he acudido a todo género de psiquiatras. Pero usted ha sido la única persona que me ha dejado expansionarme a mi gusto y que, luego, me ha hecho la pregunta adecuada. Quizá le parezca una excentricidad lo que le voy a decir, pero lo cierto es que me gustaría hablar con usted, tal como lo hemos hecho ahora, un par de veces a la semana. Yo hablaría libremente, me desfogaría y, entonces, usted haría el comentario oportuno, igual que ahora. Es sólo curiosidad, pero me gustaría saber cuánto me cobraría por esto. Sería cosa de una hora, más o menos...

—Cuatrocientos —repuso el negro.

—¡Cuatrocientos dólares! Vamos, hombre, no me haga reír. ¿Está usted loco? ¿Es que no se ha dado cuenta de que bromeaba?

El negro tomó un sorbo de cerveza, y se puso en pie, dispuesto a irse. Stefano dijo:

—Alto, espere un instante. Espere, espere... Terminemos esta hora. Y luego veremos si continuamos las sesiones o no. ¿Esta no tengo que pagarla, verdad?

El negro contestó:

—Claro que sí.

Y, acto seguido, se hundió en el diván, y extrajo papel y lápiz de un bolsillo.

—Francamente, pagar esta hora no me parece justo —objetó Stefano—. De todos modos, más valdrá que prosigamos. Quizá me convenza y celebremos más sesiones. El precio es bastante alto, ¿no cree? ¡Un buen montón de dinero! Bueno, da igual. Volviendo a lo que le decía, esa chica se portó como una zorra desde el día en que la conocí. Esta noche me he dado cuenta de ello, gracias a usted. En muchos aspectos me recuerda a mi mamá...



ANGELES
GROS

ser el típico escritor judío modelo Malamud o estilo Roth. Bruce Jay
l final inesperado que por la observación psicológica— es el autor de
ntre las que se cuentan "Stern" y "Besos de madre"—, de varios
an toda lógica —"¡Splash!", por ejemplo—, y de este cuento perfecto
psicoanalítica donde Freud se da la mano con Mecánica Popular.

las nefastas experiencias que el niño estaba viviendo. Madre e hijo lo abandonaron súbitamente, dejando tras sí un cúmulo de recuerdos, juguetes ordenadamente dispuestos en estanterías, cajones repletos de ropas femeninas... Repentinamente envejecido, perdida la confianza en sí mismo, Stefano fracasó en su intento de ligar con muchachas, y se quedaba dubitativo y mudo ante el teléfono, cuando llamaba a alguna. ¿Qué podía hacer? Sí, cierto era que, a aquellos precios, podía mantener la casa inmaculadamente limpia. Pero, ¿solucionaba esto todos sus problemas? ¿Acaso conseguiría con ello que su insatisfecha esposa y su hijo regresaran al hogar? Una noche, al volver a casa con el corazón rebosante de tristeza, tras asistir a un baile para mayores, encontró a los cuatro corpulentos negros terminando un nuevo trabajo. Después de haber sudado durante toda la noche, habían montado un complejo sistema de iluminación, con lámparas de petróleo, que hacía resaltar en toda su belleza las rosas de té y los frutales enanos del jardín. Precio total del sistema de luz: cinco dólares con cincuenta centavos.

Stefano paseó la vista por el jardín, mientras, a ciegas, contaba unos billetes:

—Realmente magnífico.

Se dirigió al jardinero jefe:

—Ahí va. Esta vez también le doy más de la cuenta. En mis presentes circunstancias, el dinero me importa un pito.

El gigantesco negro se secó el sudor de la frente, y comenzó a recoger los trebejos.

—Oiga, entre y tómese una cerveza conmigo —propuso Stefano—. Tengo que hablar con alguien, o reviento.

—Es que todavía tenemos trabajo que hacer... —contestó Cotten.

—Vamos, vamos, ¿qué diablos tienen que hacer a estas horas? Más valdrá que descanse un poco, hombre.

El negro sacudió dubitativamente la cabeza, y, acto seguido, emprendió, a pasos lentos y pesados, el camino hacia la casa, mientras Stefano le palmoteaba la espalda, en demostración de sus sentimientos de hermandad.

Una vez dentro, Stefano fue a buscar cervezas. El jardinero se sentó en el diván de la sala de estar, en el que su macizo cuerpo se hundió pesadamente. Por un instante, Stefano se sintió un tanto inquieto ante las consecuencias del contacto de las ropas de jardinería —ropas negras en todos los sentidos— con el mueble de la sala, pero inmediatamente pensó que el problema carecía de importancia y que, además, en aquella casa no había nadie a quien dichas consecuencias pudieran importar.

Stefano se reclinó en el moderno banco con respaldo de estilo danés, y dijo:

—Estoy pasando una temporada muy mala. La peor de mi vida. A veces, tengo la impresión de que no seré capaz de sobrevivir una sola noche más. Mi mujer me abandonó, hace algún tiempo. Supongo que ya lo habrá adivinado usted...

El negro cruzó sus gruesas piernas, bebió un par de sorbos de cerveza, y, mientras lo hacía, en los cristales de sus gafas había un brillo que impedía a Stefano ver la expresión de las pupilas del negro.

—Mi mujer se llevó consigo al chico —siguió—, y esto quizá sea lo peor de la historia. Usted no puede imaginarse lo que es tener a un chaval armando el gran escándalo en casa durante diez años, y luego no oír ni un maldito ruido... —Y, esperando, Stefano preguntó—: A lo mejor sí que puede imaginarlo. Probablemente también usted ha tenido sus problemas...

En silencio, el negro se inclinó al frente y se metió un pañuelo por debajo de la camisa, para secarse el sudor del pecho.

—De todos modos —prosiguió Stefano—, lo cierto es que no sé qué diablos hacer. ¿Esperar, sin mover ni un dedo? ¿Convencerme de que mi mujer no volverá jamás? De veras, no sé qué hacer. Y si decido abandonar la casa, ¿a dónde puedo ir?

El invitado de Stefano estaba ahora ocupado en secarse el cogote.

—¿Cuánto hace que se fue? —preguntó.

—¿Qué importa eso? Unos cuatro meses, me parece. Poco antes de que ustedes comenzaran a trabajar aquí. ¡Ahora comprendo por qué me ha preguntado eso! Si mi mujer no ha regresado en cuatro meses, esto significa que ya no regresará, que quizás ha comenzado una nueva vida. Sí, sí, es posible que lleve usted razón...

El negro se guardó el pañuelo, volvió a cruzar las piernas, y entrelazó sus dedos gruesos y de uñas romas, con las palmas de las manos apoyadas sobre una rodilla.

—Ocurrió sin previo aviso —dijo Stefano—, sin que siquiera pudiera imaginarlo. En fin, de nada sirve preocuparse. De todos modos, las relaciones con mi mujer siempre fueron catastróficas.

Explicó al negro el período de su noviazgo, le habló del falso embarazo de su mujer y del "forzoso" matrimonio con ella. Entonces, comenzó a saber verdaderamente cómo era su mujer. Entonces, comenzaron las constantes disputas, y ella empezó a provocar sus celos de mil distintas maneras, y él tuvo que ayudar con su dinero a la parentela política. Stefano se confesó con el negro, dejó que las palabras salieran de su cuerpo igual que el aire de un neumático, y habló con furia y ardor. Así estuvo hasta que se dio cuenta de que había hablado, sin parar, durante veinte minutos o quizá media hora. El negro lo escuchó pacientemente, sin tocar la cerveza. Por fin, cuando Stefano se calló, reclinándose en el asiento para recobrar el resuello, el jardinero le formuló la pregunta:

—¿Se tiene usted en buen concepto?

—¿Qué quiere decir con eso? ¡Pues claro que sí! ¡Vaya! Ahora comprendo por qué me lo ha preguntado... Si me tuviera a mí mismo en buen concepto, no permitiría que este asunto me atormentara. Claro. Procuraría recuperar el dominio de mí mismo, y me esforzaría en reemprender mi vivir sobre unas bases sólidas. Es curioso que haya usted dado en el clavo con tanta exactitud. Es sorprendente, de veras. Bueno, ¿usted sabe?, también recurrí a los psiquiatras, pero no me sirvieron de nada. Algunos de estos psiquiatras eran buenos de veras, unos eran amables, otros duros; en fin, he acudido a todo género de psiquiatras. Pero usted ha sido la única persona que me ha dejado expansionarme a mi gusto y que, luego, me ha hecho la pregunta adecuada. Quizá le parezca una excentricidad lo que le voy a decir, pero lo cierto es que me gustaría hablar con usted, tal como lo hemos hecho ahora, un par de veces a la semana. Yo hablaría libremente, me desfogaría y, entonces, usted haría el comentario oportuno, igual que ahora. Es sólo curiosidad, pero me gustaría saber cuánto me cobraría por esto. Sería cosa de una hora, más o menos...

—Cuatrocientos —repuso el negro.

—¡Cuatrocientos dólares! Vamos, hombre, no me haga reír. ¿Está usted loco? ¿Es que no se ha dado cuenta de que bromeaba?

El negro tomó un sorbo de cerveza, y se puso en pie, dispuesto a irse. Stefano dijo:

—Alto, espere un instante. Espere, espere... Terminemos esta hora. Y luego veremos si continuamos las sesiones o no. ¿Esta no tengo que pagarla, verdad?

El negro contestó:

—Claro que sí.

Y, acto seguido, se hundió en el diván, y extrajo papel y lápiz de un bolsillo.

—Francamente, pagar esta hora no me parece justo —objetó Stefano—. De todos modos, más valdrá que prosigamos. Quizá me convenza y celebremos más sesiones. El precio es bastante alto, ¿no cree? ¡Un buen montón de dinero! Bueno, da igual. Volviendo a lo que le decía, esa chica se portó como una zorra desde el día en que la conocí. Esta noche me he dado cuenta de ello, gracias a usted. En muchos aspectos me recuerda a mi mamá...

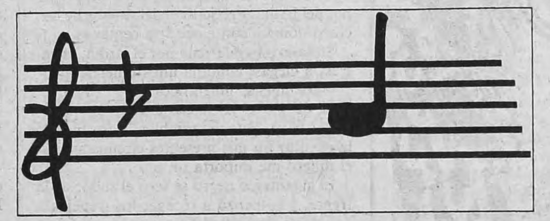
Juegos

CUESTION DE LOGICA

► Con los siguientes datos podrá conocer los nombres, edades, profesiones y lugares donde pasaron las vacaciones 3 personas.

1.–El que veraneó en Valencia y el carpintero aprovecharon para hacer chapuzas en su apartamento.
2.–En La Coruña hizo muy buen tiempo y en Málaga no dejó de llover.
3.–Gerardo descartó el Norte para sus vacaciones por la inestabilidad del clima y al más joven le pasó lo mismo.
4.–Tanto el albañil como el que fue a Málaga ahorraron todo el año para estas vacaciones.
5.–Los de 40 y 32 años se querían ir juntos, pero, finalmente, uno fue a La Coruña y otro a Málaga.
6.–El carpintero y el albañil trabajan en talleres contiguos.
7.–Pedro felicitó a Gerardo, pues durante las vacaciones cumplió los 40.
8.–Luis y el herrero echan juntos la partida de vez en cuando.
9.–El más joven de los tres, de 26 años, dice que Pedro es todo un artista.
10.–Los apartamentos donde se hospeda Luis hacen un descuento a los que, como él, tienen menos de treinta años.

Pentagrama paranoico



► Venga, confiesa; entre nosotros, ¿a quién le has metido mano?

Solución

PENTAGRAMA PARANOICO:
A "la negra".

CUESTION DE LOGICA:
Albañil. Luis. 26. Valencia.
Carpintero. Pedro. 32. La Coruña.
Herrero. Gerardo. 40. Málaga.